

Jo Labanyi*

➤ Historias de víctimas: la memoria histórica y el testimonio en la España contemporánea

La reivindicación de las víctimas y la memoria histórica: algunos problemas

En un artículo reciente que comenta la reorganización de la memoria europea de la Segunda Guerra Mundial que se está llevando a cabo con la actual cultura conmemorativa, Tony Judt destaca el fenómeno problemático de lo que llama “comparative victimhood” –es decir, las disputas por establecer qué grupos han sufrido más–. En las palabras de Judt: “¿Qué grupos –qué recuerdos– deben tener prioridad? ¿Quién lo decide?” (2005: 13). Según observa, este debate se basa sobre la idea de la posibilidad de establecer una “equivalencia” entre el sufrimiento de diversos grupos (en este caso, las víctimas del fascismo y del comunismo). El resultado es la conversión del hecho de haber sido víctima en un tipo de capital político que sirve para reivindicar ciertos derechos a expensas de los derechos de otros grupos. Judt nos advierte sobre los peligros de insistir en la conmemoración de las víctimas, que puede servir para distraer la atención de los responsables por los crímenes cometidos con ellas.

En los últimos tres años se ha producido un fenómeno parecido en España, con la reivindicación de parte de la derecha del protagonismo del sufrimiento en la Guerra Civil. Este ensayo se centrará en el análisis de algunos de los libros de testimonios, tanto nacionales como republicanos, que se han publicado en España desde el año 2000. Para evitar malentendidos, debo aclarar que no pretendo sugerir que habría sido mejor no publicar información sobre lo sufrido por las víctimas de la Guerra Civil y la represión posterior –todo lo contrario, puesto que existe el deber de transmitir a las generaciones futuras el conocimiento de atrocidades que, en el caso de las cometidas en la zona nacional y bajo el franquismo, fueron silenciadas durante casi cuarenta años de dictadura–. Sólo de esta manera se puede librar a las víctimas de la humillación y vergüenza sufridas durante tantas décadas. Lo que quisiera señalar son las consecuencias negativas que pueden resultar de la insistencia exclusiva en las víctimas y de la idea de que existe una equivalencia entre lo sufrido por los dos bandos, lo cual permite comparar la cantidad de sufrimiento de los unos y de los otros. En este respecto, es importante notar que los nacionales siempre se repre-

* Profesora de español en New York University. Sus campos de especialización son la literatura y cultura española de los siglos XIX-XXI, cine, cultura visual, estudios de género, cultura popular, memoria. Entre sus libros más recientes figuran *Gender and Modernization in the Spanish Realist Novel (2000)*, *Constructing Identity in Contemporary Spain: Theoretical Debates and Cultural Practice (coord. 2002)*. Contacto: jo.labanyi@nyu.edu.

sentaron como víctimas de la agresión “roja” —su reivindicación actual del protagonismo del sufrimiento no es nuevo—. Pero, para los nacionales, ser víctima era ser “mártir”: el mártir es una víctima muy especial que, lejos de sufrir la humillación y el oprobio, se convierte en héroe sacrificial que ha elegido su persecución como agente histórico plenamente consciente. De ahí que la beatificación de “mártires” de la “Cruzada nacional” por parte de la Iglesia en años recientes¹ no puede ser vista como el equivalente de los intentos actuales de dejar constancia pública de lo sufrido por las víctimas de la represión franquista: en el primer caso, los “mártires” nunca fueron vilipendiados y deshumanizados, como sucedió en el caso de las víctimas “rojas” (como se les llamaba públicamente) del terror franquista.

En los últimos años, la frase “memoria histórica” ha llegado a convertirse en España en sinónimo del deber cívico de recordar la represión llevada a cabo en la Guerra Civil y la inmediata posguerra. Este uso de la frase no deja de ser curioso. Por un lado, al hacer referencia exclusiva a un período determinado de la historia, hace invisibles otros episodios problemáticos de la historia nacional, cuyos crímenes también merecen ser abordados (por ejemplo, el genocidio en América, la intolerancia religiosa y étnica, etc.). Y por otro lado, la frase “memoria histórica” evoca, más que nada, su contrario: es decir, una supuesta desmemoria histórica que habría que superar. En este sentido, la insistencia actual en la necesidad del reconocimiento de las víctimas de la Guerra Civil y posguerra confirma la hipótesis enunciada por Pierre Nora, en el ensayo introductorio de su estudio colectivo *Les lieux de mémoire*, de que el discurso y la práctica conmemorativos surgen precisamente cuando la memoria se pierde (Nora 1984: xxiv-xxvi). Aquí habría que matizar un poco. Para Nora, la pérdida de la memoria se debe a la sustitución, en los tiempos modernos, de la memoria por “el archivo”, es decir, por la reproducción mecánica del pasado, que forma la base de las prácticas conmemorativas. Esto puede ser cierto, pero no toma en cuenta la existencia de otros factores que pueden producir la pérdida de la memoria. En el caso que nos ocupa en este ensayo, la pérdida de la memoria se debe a factores bien concretos, de carácter fisiológico y político. En primer lugar, el recuerdo de la Guerra Civil y la posguerra se ve amenazado hoy en día por la muerte inminente de las personas que las vivieron. Y en segundo lugar, durante los casi cuarenta años de la dictadura franquista, las prácticas conmemorativas no sirvieron para conservar artificialmente el contenido de una memoria viva amenazada por la modernidad, sino que tuvieron por objetivo precisamente la supresión de la memoria de los vencidos, a través de la imposición de una memoria falseada.² Hay que recordar que la dictadura no sólo supuso la censura de la memoria republicana en el debate público. También dificultó cualquier mención de la guerra en el ambiente familiar, puesto que las humillaciones sufridas por los vencidos y la necesidad de convivir con los responsables de la represión produjeron un miedo o vergüenza, cuyo resultado fue el no querer hablar del asunto en casa —no sólo para evitar las represalias sino también para que los hijos no sufrieran las consecuencias materiales y psicológicas de ser “hijos de rojos”—.³

¹ Ocho “mártires” nacionales fueron beatificados por Juan Pablo II en marzo de 1999 y 231 más en marzo de 2001 (Harvey 2002: 117).

² En su estudio ya clásico, Aguilar Fernández (1996) insiste en que la dictadura supuso, no el olvido de la Guerra Civil, sino su conmemoración obsesiva desde la perspectiva exclusiva de los vencedores.

³ Armengou y Belis, en su libro (2004: 169-76), intentan una explicación de este miedo. Ver también Cenarro (2002), cuyo análisis de sus entrevistas de historia oral con sobrevivientes de la represión de la

Esto nos lleva a otro problema inherente a la frase “memoria histórica”: no existe una sola memoria histórica, sino más bien un conflicto, que se ha agudizado en los últimos años, entre la memoria franquista y la memoria republicana. Incluso estos términos son problemáticos, puesto que no existe –y nunca ha existido– una sola memoria franquista, como tampoco existe –ni ha existido jamás– una sola memoria republicana. La frase “memoria histórica” describe no una realidad, sino un programa político cuyo objetivo es la reconciliación nacional a través del reconocimiento de los crímenes que se cometieron en la guerra y la posguerra. Esto no es un programa político impulsado de manera concertada desde arriba –aunque el actual gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero, cuyo abuelo fue asesinado por los nacionales, creó en septiembre de 2004 una Comisión Interministerial para el Estudio de la Situación de las Víctimas de la Guerra Civil y el Franquismo, cuyo proyecto de ley fue publicado el 28 de julio de 2006–.⁴ Más bien, este programa político consiste en un conjunto de reivindicaciones públicas impulsadas en su gran mayoría por organizaciones no gubernamentales (siendo la más conocida la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica, que desde 2000 trabaja con las familias de los desaparecidos para exhumar las fosas comunes) y por intelectuales (historiadores, artistas, novelistas) y periodistas (de la prensa, radio y televisión).⁵

Si la insistencia actual en la recuperación de la memoria histórica implica un deseo de reconciliación (el reconocimiento de los crímenes cometidos, para conseguir una toma de conciencia pública que sirviera para fortalecer la práctica de la democracia), en los últimos tres años, como ya hemos observado, se ha producido una contraofensiva de parte de ciertos sectores pro-franquistas, que reivindica la recuperación de la memoria de los crímenes cometidos por la República. El portavoz principal de esta contraofensiva ha sido Pío Moa, empezando con su libro *Los mitos de la guerra civil* (2003), que se convirtió en un *bestseller* inmediato (según la contraportada de su libro más reciente, *Los crímenes de la guerra civil* [2005], entre 2003 y 2005 se vendieron más de 180.000 ejemplares). Los libros posteriores de Moa –antiguo miembro arrepentido del PCE y de la organización terrorista GRAPO, según él reconoce públicamente– también han conse-

posguerra en Aragón, o con sus hijos, nos ayuda a apreciar la interiorización de la vergüenza, e incluso de un sentido de culpabilidad, de parte de los vencidos que tuvieron que vivir en un ambiente donde los “rojos” se representaban como criminales.

- ⁴ El texto completo del “Proyecto de ley por el que se reconocen y amplían derechos y se establecen medidas en favor de quienes padecieron persecución o violencia durante la Guerra Civil o la dictadura” del 28/07/06 se encuentra en <<http://www.mpr.es/NR/rdonlyres/3834DA97-8D86-4CD0-AE2E-7C8AA123725A/77934/ProyectedeLey.pdf>> (11.07.06). Su publicación fue precedida y seguida en la prensa de derechas por una campaña agresiva a favor de la memoria franquista (ver *ABC* para las dos semanas a partir del 24/07/06). El proyecto de ley propone, entre otras cosas, ampliar los derechos de las víctimas de persecución o violencia en la Guerra Civil o bajo la dictadura, de ambos bandos; obligar a los organismos estatales (y aconsejar a las comunidades y municipios) a retirar placas y monumentos que conmemoran a un solo bando; obligar a los ayuntamientos a facilitar la localización y exhumación de fosas comunes; y crear un Centro Documental de la Memoria Histórica en Salamanca, dedicado a la Guerra Civil, la dictadura, el exilio y la Transición. El proyecto de ley fue criticado por Izquierda Unida por no anular los juicios sumarios del franquismo, y por no subvencionar las asociaciones dedicadas a la exhumación de fosas comunes. Para un resumen del proyecto de ley y de las reacciones públicas ver “Proyecto de ley de las víctimas de la Guerra Civil y la dictadura”, en *El País* 29/7/2006, pp. 16-17.
- ⁵ El septuagésimo aniversario del principio de la Guerra Civil en julio de 2006 ha promovido varias iniciativas conmemorativas de parte de los gobiernos municipales y autonómicos.

guido ventas masivas y todos tienen el mismo objetivo y formato: demostrar que las versiones pro-republicanas de la Guerra Civil –que, según él, han adquirido un monopolio represivo bajo la democracia– son falsas, mediante un tono de denuncia estridente y el uso poco riguroso de fuentes históricas franquistas archiconocidas (o en muchos casos sin citar fuentes históricas ningunas), y una falta total de investigación de fuentes primarias.⁶ Las denuncias de Moa se han visto acompañadas por los libros revisionistas –también de venta masiva– de César Vidal (2003), Francisco Olaya Morales (2004a, 2004b, 2005), José María Zavala (2003, 2006) y Daniel Arasa (2004, 2005), entre otros. Según ha comentado Julián Casanova⁷, este nuevo revisionismo histórico ha empobrecido el debate, limitándolo a dos cuestiones: ¿cuál de los dos bandos fue responsable de provocar la guerra?, y ¿en cuál de los dos bandos hubo más víctimas? Estas dos preguntas retóricas –la respuesta está decidida de antemano– sirven para convertir a la derecha política en víctima y a la izquierda en agresor criminal. El mismo objetivo se consigue a través de otra maniobra retórica que insiste en describir como un acto de revanchismo las demandas por la recuperación de la memoria histórica que la izquierda propone como un ejercicio democrático de reconciliación nacional.⁸

En este ensayo no hay espacio para analizar la proliferación de estudios históricos y de novelas que se han publicado sobre la Guerra Civil y la posguerra en los últimos años. Me limitaré al estudio de cuatro de los varios libros de testimonios que han visto la luz a partir del año 2000, en un intento de comprender el contexto cultural del actual revisionismo histórico. He elegido dar prioridad al testimonio, puesto que es un género que sirve para dar fe de lo sufrido por las víctimas; por tanto, podemos decir que es un género que sirve para crear una idea pública de cómo son y quiénes son las víctimas.

El género testimonial

Hay que recordar que los testimonios han sido especialmente importantes en América Latina, donde se convirtieron en un instrumento de denuncia política importante en los años setenta, sobre todo en países como Argentina, Uruguay, Chile, Guatemala y posteriormente el Perú en momentos de dictadura o represión militar.⁹ El género testimonial alcanzó una dimensión pública global –respaldada por la emisión televisiva– en los años noventa con la recogida de testimonios por las Comisiones de la Verdad y Reconciliación que fueron instituidas en los países latinoamericanos antes mencionados y, sobre todo, en Sudáfrica con el fin del apartheid. Todavía está por estudiar la influencia de los debates sobre la represión política en América Latina en el debate actual con respecto a la memoria histórica en España, pero es evidente que han desempeñado un papel clave.

⁶ Ver Moa (2004 y 2005).

⁷ Ponencia no publicada, leída en el coloquio “Franco’s Mass Graves”, octubre de 2005, University of Notre Dame, EE.UU.

⁸ La insistencia en el revanchismo de los partidarios de la recuperación de la memoria histórica es una nota constante en la respuesta de la prensa de derechas al proyecto de ley del 28/07/06. Ver los números de *ABC* señalados en la nota 4 a este ensayo.

⁹ Para una teorización del testimonio como género literario en América Latina, ver los ensayos en Gugelberger (1996) y Beverley (2004).

El objetivo del testimonio, que tiene su origen como género en el aparato judicial, es la denuncia de una injusticia cometida contra una víctima, para que la injusticia sea reconocida públicamente. Esto tiene consecuencias legales primordiales: la persona reconocida legalmente como víctima tiene derecho a algún tipo de reparación, y la persona que se ha demostrado ser autor del crimen es susceptible al castigo por la ley.

Como es bien sabido, en la mayoría de los países que han tenido una Comisión de la Verdad y Reconciliación, el castigo de los culpables ha sido muy limitado o nulo. En España, desde luego, ni siquiera ha habido una Comisión de la Verdad y Reconciliación. Esto sugiere que, en España, los testimonios han desempeñado una función compensatoria sustituyendo al proceso judicial que no se ha producido. No parece ser casual el hecho de que la publicación de testimonios de la represión llevada a cabo en la guerra y posguerra se haya convertido en un *boom* editorial bajo el último gobierno del Partido Popular, que se negó a ofrecer ningún tipo de apoyo estatal –ni siquiera moral– a la excavación de las fosas comunes, y rechazó las demandas por el acceso público a los archivos de la Fundación Francisco Franco, y por la devolución a Cataluña de los documentos catalanes del Archivo de la Guerra Civil de Salamanca que habían sido incautados por las tropas nacionales. Tampoco parece ser casual el hecho de que los documentales televisivos que han recogido testimonios de víctimas republicanas del exilio o de la represión franquista hayan sido producidos por Televisió de Catalunya (TV3), y no fueron emitidos por TVE hasta después del cambio de gobierno en 2004.¹⁰ En el caso de los documentales *Els nens perduts del franquisme* (Vinyes/Armengou/Belis 2000) y *Les fosses del silenci* (Armengou/Belis 2003), producidos para el programa *30 minuts* de TV3, está clara la intención de provocar demandas por un proceso jurídico que reconociera por lo menos el derecho a la reparación de las víctimas. La versión inglesa del documental *Les fosses del silenci* (2003) se titula *The Spanish Holocaust*¹¹, lo cual sugiere incluso la necesidad del castigo de los responsables, por analogía con el proceso de Nuremberg.

Al ofrecerse como sustitutos de un proceso de reconciliación estatal que no se ha producido, es lógico y justo que los testimonios que han aparecido últimamente en España hayan tenido el objetivo de establecer la verdad histórica de los crímenes narrados. Pero la consecuencia ha sido una falta de análisis de las estrategias narrativas adoptadas en estos testimonios y –más importante– de la ideología expresada implícita o explícitamente en el texto por la organización editorial del material. Este ensayo se centrará en las estrategias editoriales adoptadas en los cuatro libros de testimonios seleccionados para el análisis. Lo que me interesa es la construcción textual de la víctima y sus consecuencias políticas. He elegido analizar los testimonios publicados en forma de libro y no los audiovisuales, puesto que sólo aquéllos han recogido los recuerdos de víctimas de ambos bandos, haciendo surgir la idea de la equivalencia de lo sufrido en los dos casos. Quisiera preguntar si, al privilegiar el punto de vista de la víctima, estos testimonios han ayudado a fomentar una cultura de la víctima que, si tiene por objetivo conseguir el reconoci-

¹⁰ Ver Camino (2002), Vinyes/Armengou/Belis (2000) y Armengou/Belis (2003). En la noche del trigésimo aniversario de la muerte de Franco, en noviembre de 2005, el documental de Vinyes/Armengou/Belis fue emitido por TVE2 en versión castellana por primera vez (después de medianoche).

¹¹ El libro en castellano (Armengou/Belis 2004) que acompaña al documental lleva por subtítulo la interrogación “¿Existe un holocausto español?”.

miento público de las injusticias sufridas, puede degenerar en una rivalidad entre dos bandos enemigos quienes se atascan en una disputa estéril sobre quién tiene más capital político por haber sufrido más. Debo decir en seguida que esta actitud competitiva se encuentra sólo en los testimonios pro-franquistas, cuyos narradores parecen no poder aceptar otra versión de la historia que la suya. Por contraste, es notable en la mayoría de los testimonios pro-republicanos la falta de animosidad hacia los responsables de la represión, a pesar de que la versión de la historia de éstos se haya impuesto durante cuarenta años.

El discurso paradigmático sobre las víctimas es el dedicado al Holocausto. En un ensayo sobre los sobrevivientes del Holocausto, Ernst van Alphen (1999) propone que el trauma —que causa un bloqueo de la memoria— se produce por haber sido reducida la víctima a la condición de una cosa, privada de cualquier forma de agencia. Según explica Van Alphen, la cultura occidental, al privilegiar la autonomía individual, no puede concebir que una persona privada de agencia sea un ser humano. Por consiguiente, los que sufrieron el Holocausto no pudieron registrar lo que sufrieron como una experiencia vivida por ellos, puesto que eran objetos y no sujetos de su historia; como hace notar Van Alphen, muchos sobrevivientes del Holocausto cuentan lo vivido por ellos en tercera persona, como si no les hubiera pasado a ellos. Para superar el trauma, la víctima tiene que aprender a ser agente de su historia. La cura para el trauma es aprender a contar la historia del acontecimiento traumático de manera que el narrador que lo sufrió recobre la sensación de ser una persona; es decir, de ser un agente histórico y no sólo una víctima. Esto no significa minimizar el horror de lo que pasó, sino demostrar que la persona que lo sufrió, a pesar de haber sido convertido en una cosa en el momento del acontecimiento traumático, fue un ser humano quien, en todos los demás aspectos de su vida, era un sujeto y no un objeto. La víctima quien consigue narrar los hechos traumáticos sufridos afirma su subjetividad por el solo hecho de ser responsable de la narración; pero también es necesaria una forma narrativa que represente a la víctima como un agente histórico, y no sólo como objeto de la historia. Esto no es fácil, puesto que el deseo de dar fe de la injusticia sufrida, en todo su horror, puede crear una narración que reproduzca la conversión de la víctima en objeto, en vez de reivindicar su humanidad.

El testimonio en los primeros años de la España democrática: historias de vida

En este respecto, es notable el contraste entre los primeros testimonios que se publicaron en la España democrática y los que se han publicado en los últimos años. Me refiero a *Los topos*, coordinado por los periodistas Manuel Leguineche y Jesús Torbado en 1977 (reeditado en 1999); y a los tres tomos de testimonios de mujeres encarceladas en la posguerra compilados por Tomasa Cuevas en 1985 y 1986 (reeditados en un solo tomo en 2004): *Cárcel de mujeres* (Vols. I y II), y *Mujeres en la Resistencia*. En ambos casos, la recolección de los testimonios se inició antes del final de la dictadura. En ambos casos también, tenemos historias de vida contadas en su totalidad (aunque se supone que editadas), que permiten a sus narradores presentarse como sujetos y no sólo como víctimas, al no contar solamente los momentos en que sufrieron agresiones. En *Los topos* es notable la preferencia de los narradores por la narración de sus proezas bélicas —que les permite representarse como agentes históricos— y la elisión de la narración de sus años de inmo-

vilidad forzosa en un escondite (en la mayoría de los casos, durante unos 30 años). En los testimonios recogidos por Tomasa Cuevas, narrados por mujeres que tuvieron una militancia activa en el Partido Comunista en la Guerra Civil y durante la dictadura, lo que llama la atención es el valor de estas mujeres que no desistieron de su militancia política, a pesar de las detenciones y torturas. Es decir, se representan como mujeres que se negaron a convertirse en objetos, a pesar de lo sufrido por ellas. La forma narrativa que caracteriza los testimonios recogidos por Leguineche y Torbado, y por Cuevas es la picaresca, que insiste en la capacidad del narrador-protagonista subalterno de salir con lo suyo, burlándose de los que detentan el poder.

El testimonio en la España del siglo XXI: recuerdos de víctimas

Por contraste, en los testimonios publicados a partir de 2000, que pasaremos ahora a analizar, los editores han organizado las narraciones en primera persona para centrarse exclusivamente en los momentos en que los narradores fueron reducidos a la condición de víctima. Esto produce cierta tensión con la narración autobiográfica, que deja entrever un intento por parte del narrador de representarse como sujeto activo, a pesar de lo sufrido.

Es posible que exista una relación causal entre esta tendencia, en los testimonios publicados en años recientes, a centrarse exclusivamente en lo sufrido por unas personas constituidas como víctimas, y la labor de documentación llevada a cabo en estos mismos años por los historiadores, intentando establecer nombres y cifras de las víctimas de la represión (en ambos bandos). El trabajo histórico paradigmático es el libro *Víctimas de la guerra civil*, coordinado por Santos Juliá en 1999, justo antes de la nueva ola de testimonios que reproducen casi exclusivamente lo sufrido por las víctimas. Al señalar esta coincidencia, no quiero sugerir que no haya sido necesaria esta labor historiográfica: Julián Casanova cuenta, en la tercera edición de su libro colectivo *El pasado oculto: Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)*, publicado originalmente en 1992 y cuyo apéndice publica una lista de todos los asesinados por los nacionales en la provincia de Aragón, cómo los autores recibieron cartas agradecidas de parte de los familiares de las víctimas (Casanova 2001: 8). El hecho de que estos trabajos históricos hayan desencadenado un impulso testimonial (el libro de Casanova se basó parcialmente en entrevistas de historia oral) sólo puede ser positivo, dada la imposibilidad de contar estas historias durante la dictadura y la falta de interés generalizada bajo la transición democrática. El problema radica más bien en la intervención editorial de los periodistas responsables de la recolección y publicación de testimonios, que se multiplican a partir de 2000, quienes –quizá presionados por las casas editoriales que buscan aumentar las ventas al lanzar al mercado productos sensacionalistas– al insistir en los actos violentos sufridos, corren el riesgo de convertir a las víctimas en nada más que esto: víctimas desprovistas de agencia histórica.

Los libros de testimonios elegidos para el análisis son los siguientes: *Historias orales de la guerra civil* (2000), editado por Alfonso Bullón de Mendoza y Álvaro de Diego; *Hijos de la guerra: Testimonios y recuerdos* (2001), editado por Jorge Reverte y Socorro Thomás; *Los años difíciles: El testimonio de los protagonistas anónimos de la guerra civil y la posguerra* (2002), editado por Carlos Elordi; y *Los horrores de la guerra civil* (2003), editado por José María Zavala. Los cuatro libros se centran casi exclusivamente

en los recuerdos de unas personas que se designan, o son designadas por los editores, como víctimas. Si los libros anteriores coordinados por Leguineche y Torbado o por Cuevas dedican un capítulo entero al relato de cada una de las personas entrevistadas, los cuatro libros analizados aquí organizan sus testimonios en capítulos temáticos o cronológicos. La consecuencia es que los testimonios no sirven para revelar la personalidad del narrador, sino para impartir información sobre distintas categorías de acontecimiento (en la mayoría de los casos, violento). Las experiencias narradas no quedan integradas en las diversas peripecias que constituyen una vida, sino que se aíslan del devenir histórico, como si los narradores no tuvieran más experiencia vital que la de quedar marcados (de forma pasiva) por los acontecimientos violentos contados. Esto, a su vez, da la impresión de unas personas que sufren la historia pero no la hacen.

Esta impresión es reforzada por la insistencia en los recuerdos de personas supuestamente “anónimas”. En realidad, no son “anónimas” puesto que se publican sus nombres (salvo en algunos casos cuando los narradores piden el anonimato). El uso de la palabra “anónimo” significa que los narradores no son figuras históricas conocidas que hicieron la historia, sino personas corrientes que la “sufrieron” (el uso de las frases “sufrir la guerra” o “padecer la guerra” es frecuente). Aunque esta visión de la historia “desde abajo” supone una democratización y nos da una visión valiosa de la vida cotidiana durante la Guerra Civil y la posguerra, la reducción de la historia de estas personas “anónimas” a las injusticias o actos violentos “sufridos” por ellas, corre el peligro de crear una visión de la historia como algo impuesto desde arriba. Es evidente el intento de parte de los editores (salvo Zavala, de quien hablaremos más adelante) de producir una historia de la Guerra Civil y posguerra que permitiera la reconciliación, al sugerir que la mayoría de las personas fueron víctimas inocentes que no entendieron lo que estaba pasando y no eligieron su participación en los actos violentos presenciados. De ahí el énfasis sobre los testimonios de las personas que vivieron la guerra en la retaguardia, y no en el frente. Es importante no hablar solamente de la guerra desde el punto de vista militar (sobre todo por ser la Guerra Civil española la primera guerra que conoció el bombardeo masivo de la población civil). Pero el resultado de este énfasis sobre las víctimas inocentes es una visión despolitizada que permite la idea de la equivalencia del sufrimiento en los dos bandos. Elordi (2002), quien recoge testimonios escritos mandados a su programa radiofónico “Hoy por Hoy”, de la cadena SER, afirma haber respetado la proporción de testimonios recibidos de parte de personas de derechas y de izquierdas, siendo éstas una mayoría abrumadora. Por contraste, Reverte y Tomás, a pesar de afirmar que la represión en la zona republicana fue de corta duración, proponen: “Da lo mismo en qué bando militaran sus padres, los niños sufrieron la guerra de la misma forma desgarradora” (2001: 13). Por eso, precisamente, han elegido limitarse a los testimonios de quienes vivieron la guerra como niños. Tanto Elordi como Reverte y Tomás mezclan los testimonios republicanos y nacionales de manera indiscriminada, de manera que resulta difícil distinguir entre ellos. Pese a sus buenas intenciones, la siguiente despolitización—reforzada por la concentración sobre las víctimas, soslayando la cuestión de la responsabilidad de tanto sufrimiento—no permite la comprensión histórica que sería necesaria para conseguir la superación del pasado.

Los peligros inherentes a esta idea de que da lo mismo ser nacional o republicano, puesto que el sufrimiento es igual en ambos casos, quedan patentes en los libros de Bullón de Mendoza y De Diego (2000), y de Zavala (2003). Los primeros, que publican

fragmentos de las casi mil entrevistas que hicieron con sus familias los estudiantes de Historia en la Universidad CEU San Pablo de Madrid, insisten en que el mérito de su libro radica en la falta de una selección políticamente motivada, reconociendo, sin embargo, que “estamos hablando de una universidad católica y de élite” (2000: 10). Esta pretendida objetividad les lleva a afirmar que “en la guerra civil española, ni el sufrimiento ni la barbarie fueron patrimonio exclusivo de ningún bando” (2000: 10). Es una cosa afirmar que hubo violencia y represión en las dos zonas, y otra cosa negar las diferencias políticas. La despolitización consiguiente se agrava con las declaraciones sobre la inevitabilidad de la represión y miseria en las situaciones bélicas. En el libro de Zavala, la insistencia repetida en la importancia de publicar testimonios sobre el sufrimiento en las dos zonas encubre, de manera evidente, una reivindicación de las víctimas de la represión republicana: el autor acusa explícitamente a los historiadores del período democrático de “disimular las atrocidades cometidas en la retaguardia republicana” (2003: 13). Efectivamente, su libro es un compendio de citas tomadas de libros ya publicados (la mayor parte en la zona nacional durante la guerra o bajo la dictadura) —como si, para desmentir la labor de los historiadores más recientes, fuera suficiente desempolvar estas fuentes parciales, sin ninguna investigación de fuentes primarias—. Zavala se queja de que, después de casi setenta años, “la Guerra Civil sigue siendo una historia de buenos y malos” (2003: 13), pero la idea de la equivalencia —y por tanto comparabilidad— del sufrimiento de los bandos le sirve para reforzar el odio a los republicanos.

Tanto el libro de Bullón de Mendoza y de Diego como el de Zavala entresacan párrafos de los diversos testimonios citados, para hacer un montaje de citas que dan fe de determinado tipo de violencia o sufrimiento. Además de mezclar las citas de fuentes republicanas y nacionales, en un popurrí confuso, esto nos impide apreciar la personalidad y experiencias vitales de los narradores de los diversos fragmentos, puesto que es imposible ensartar los párrafos citados para crear una historia personal total. Las consecuencias son varias. Primero, no sabemos cómo interpretar los testimonios citados, por no saber las ideas ni cualidades personales de los narradores individuales. Esto, a su vez, nos induce a leer estos testimonios fragmentados como si fueran un repositorio de la verdad histórica, en vez de recuerdos personales que, además de reflejar la mentalidad de su narrador, obedecen a los mecanismos de la memoria, siendo ésta notoriamente poco fidedigna y coloreada por los acontecimientos posteriores. Los libros de Reverte y Tomás, y de Elordi, no usan esta técnica de montaje, y reproducen sus testimonios en su totalidad, pero su organización en capítulos temáticos —en el primer caso, “La victoria rápida”, “Bombardeos, huida y exilio” y “En zona roja”; en el segundo, “La guerra”, “La derrota” (a pesar de incluir recuerdos de algunas personas afiliadas a los nacionales), “La posguerra”— nos induce igualmente a leerlos como fuentes de información histórica y no como lo que son: testimonios de las actitudes y emociones sentidas en el momento de escribir o ser entrevistado.

El valor del testimonio para la comprensión del presente

Con esto, se pierde una oportunidad: la de poder llegar, a través de estos testimonios, a una comprensión profunda y matizada del impacto que la represión de la Guerra Civil y la posguerra sigue teniendo sobre la subjetividad de las personas, de todas las afiliacio-

nes políticas, que la vivieron –y digo “vivieron”, y no “sufrieron”, para evitar la representación de estas personas como objetos, y no sujetos, de la historia–. Interesarnos no sólo por lo que pasó en el pasado, sino también por sus consecuencias subjetivas para los sobrevivientes hoy en día es de por sí una manera de devolver la agencia a los que fueron convertidos en víctimas por las circunstancias que les fueron impuestas. Sin una comprensión de lo que los sobrevivientes piensan y (sobre todo) sienten hoy en día, al recordar lo que vivieron, la reconciliación nacional es imposible.

Debo aclarar que por “reconciliación nacional” no entiendo el intento de conseguir que todos compartan las mismas ideas y los mismos sentimientos –lo cual, más que utópico, sería coercitivo–. En su libro *Democracy and the Foreigner* (2001), Bonnie Honig sugiere que el género narrativo que mejor se presta a la narración de la nación democrática no es la novela romántica, que en el siglo XIX se usó para forjar a nivel simbólico la unión matrimonial (amorosa) de los elementos contrarios que componían la nación, sino la novela gótica, puesto que la verdadera democracia consiste, no en convivir con las personas que amamos, sino en aprender a convivir con las personas que no amamos y que incluso nos pueden inspirar terror. Una característica ya mencionada de los testimonios republicanos –como observa Elordi (2002: 18)– es la ausencia del rencor y de las demandas de castigo para los responsables de la represión. Después de casi cuarenta años de sufrir la humillación y el silencio, los que apoyaron la República parecen sólo querer el reconocimiento público de los crímenes cometidos con ellos y sus familiares, para recobrar su dignidad de seres humanos. Pero la lectura de los testimonios de familias pro-nacionales publicados por Bullón de Mendoza y de Diego sugiere que la derecha mantiene vivo un odio hacia los “rojos” (los narradores siguen usando la palabra) que no ha disminuido en los setenta años desde la sublevación nacional.¹² La izquierda aprendió hace mucho tiempo –a la fuerza– que la democracia consiste en convivir con los enemigos. La derecha parece creer todavía que la nación sólo puede funcionar si se eliminan las diferencias. La lectura de los testimonios de los unos y de los otros quizá sirva para reconocer que, lejos de haber sufrido todos de la misma manera, las diferencias políticas sí existen, y que hay que vivir con ellas.

Bibliografía

- Aguilar Fernández, Paloma (1996): *Memoria y olvido de la guerra civil española*. Madrid: Alianza.
- Arasa, Daniel (2004): *La invasión de los maquis. El intento armado para derribar el franquismo que consolidó el régimen y provocó depuraciones en el PCE*. Barcelona: Belacqua.
- (2005): *Los españoles de Stalin: La historia de los que sirvieron al comunismo durante la segunda guerra mundial*. Barcelona: Belacqua.

¹² Desgraciadamente, esta hipótesis ha sido confirmada por la reacción de la prensa de derechas ante el proyecto de ley del 28/07/06 que propone ampliar los derechos de las víctimas de la Guerra Civil y la dictadura. Ver la nota 4 a este ensayo. El deseo de revanchismo que la derecha, en su respuesta a dicho proyecto de ley, atribuye a los partidarios de la recuperación de la memoria histórica está totalmente ausente de los testimonios republicanos incluidos en los textos estudiados en este ensayo. Al contrario, el revanchismo es la nota dominante de los testimonios pro-franquistas incluidos en estos mismos textos.

- Armengou, Montse/Belis, Ricard (2003): *Les fosses del silenci* (documental). Televisió de Catalunya (TV3).
- (2004): *Las fosas del silencio. ¿Existe un Holocausto español?* Barcelona: Plaza & Janés.
- Beverly, John (2004): *Testimonio: On the Politics of Truth*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Bullón de Mendoza, Alfonso/de Diego, Álvaro (2000): *Historias orales de la guerra civil*. Barcelona: Ariel.
- Camino, Jaime (2002): *Los niños de Rusia* (documental). Televisió de Catalunya (TV3).
- Casanova, Julián (ed.) (2001): *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)*, 3ª ed. Zaragoza: Mira Editores.
- Cenarro, Ángela (2002): “Memory beyond the Public Sphere: The Francoist Repression Remembered in Aragón”. En: Rein, Ranaan (ed.): *Spanish Memories: Images of a Contested Past*, número monográfico de *History and Memory* 14, 1-2, pp. 165-188.
- Cuevas Gutiérrez, Tomasa (1985): *Cárcel de mujeres*, 2 Vols. Barcelona: Sirocco.
- (1986): *Mujeres de la resistencia*. Barcelona: Sirocco.
- (2004): *Testimonios de mujeres en las cárceles franquistas*. (Edición preparada por Jorge J. Montes Salguero.) Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses.
- Elordi, Carlos (ed.) (2002): *Los años difíciles. El testimonio de los protagonistas anónimos de la guerra civil y la posguerra*. Madrid: Aguilar.
- Gugelberger, Georg M. (ed.) (1996): *The Real Thing: Testimonial Discourse and Latin America*. Durham, NC: Duke University Press.
- Harvey, Jessamy (2002): “Good Girls go to Heaven: The Venerable Mari-Carmen González-Vale-rio Sáenz de Heredia (1930-1939)”. En: Labanyi, Jo (ed.): *Constructing Identity in Contemporary Spain: Theoretical Debates and Cultural Practice*. Oxford: Oxford University Press, pp. 113-127.
- Honig, Bonnie (2001): *Democracy and the Foreigner*. Princeton: Princeton University Press.
- Judt, Tony (2005): “From the House of the Dead: On Modern European Memory”. En: *The New York Review* (6 de octubre), pp. 12-16.
- Juliá, Santos (ed.) (1999): *Víctimas de la guerra civil*. Madrid: Temas de Hoy.
- Leguineche, Manuel/Torbado, Jesús (1977): *Los topos*. Barcelona: Argos. Reeditado: Madrid: El País/Aguilar, 1999.
- Moa, Pío (2003): *Los mitos de la guerra civil*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- (2004): *1934: Comienza la Guerra Civil. El PSOE y la Esquerra emprenden la contienda*. Barcelona: Àltera.
- (2005): *Los crímenes de la guerra civil y otras polémicas*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- Nora, Pierre (1984): “Entre Mémoire et Histoire: La problématique des Lieux”. En: Pierre Nora (ed.): *Les lieux de mémoire*, Vol. 1: *La République*. Paris: Gallimard, pp. XV-XLII.
- Olaya Morales, Francisco (2004a): *El expolio de la República. De Negrín al Partido Socialista con escala en Moscú. El robo del oro español y los bienes particulares*. Barcelona: Belacqua.
- (2004b): *La gran estafa de la guerra civil. La historia del latrocinio socialista del patrimonio nacional y el abandono de los españoles en el exilio*. Barcelona: Belacqua.
- (2005): *Los traidores de la guerra civil*. Barcelona: Belacqua.
- Reverte, Jorge M[artínez]/Thomás, Socorro (2001): *Hijos de la guerra. Testimonios y recuerdos*. Madrid: Temas de Hoy.
- Van Alphen, Ernst (1999): “Symptoms of Discursivity: Experience, Memory, and Trauma”. En: Bal, Mieke/Crewe, Jonathan/Spitzer, Leo (eds.): *Acts of Memory: Cultural Recall in the Present*. Hanover, NH: Dartmouth College/University Press of New England, pp. 24-38.
- Vidal, César (2003): *Checas de Madrid. Las cárceles republicanas al descubierto*. Barcelona: Belacqua.

-
- Vinyes, Ricard/Armengou, Montse/Belis, Ricard (2000): *Els nens perduts del franquisme* (documental). Televisió de Catalunya (TV3).
- (2002): *Los niños perdidos del franquismo*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Zavala, José María (2003): *Los horrores de la guerra civil*. Barcelona: Random House Mondadori.
- (2006): *Los gánsters de la guerra civil*. Barcelona: Plaza & Janés.